

á otro seglar, pero no por muy espirituales; y así se perderá la autoridad y fuerza para hacer fruto en sus ánimas. Pues procuremos llevar adelante en esto el buen nombre de nuestra Religión, y el ejemplo de nuestros Padres antiguos.

De nuestro Padre san Francisco de Borja, l. 4, c. 4 de su vida, leemos que si algunos seglares que le visitaban, á quien no podia huir el cuerpo, ingerian pláticas impertinentes, no atendia ni estaba atento á lo que platicaban, sino tenia su corazon y espíritu puesto en Dios. Y avisándole algunos Padres que caia en falta por esta causa, y que algunas veces no venia bien lo que decia con lo que se trataba, respondia, que mas queria que le tuviesen por necio, que perder tiempo; pareciéndole que era tiempo perdido todo lo que no se empleaba en Dios ó por Dios: que es conforme á lo que refiere Casiano, l. 5 de instit. renunt. c. 29, del abad Maquete, que habia alcanzado de Nuestro Señor con largas oraciones esta gracia, que en las pláticas y conferencias espirituales, ahora fuesen de dia, ahora de noche, nunca se dormia ni le venia sueño; pero si se hallaba en alguna cosa ociosa ó impertinente, luego se dormia.

Concluyamos con un aviso general que san Bernardo, in specul. Monachor., da al religioso: *Sic in cunctis se habeat, ut edificet viden-*

tes, et nemo dubitet cum viderit eum, vel audierit, quin vere sit Monachus: Hayámonos en todas las cosas, y especialmente en esta, de tal manera que todos los que nos vieren y oyeren se edifiquen y digan: Este es verdadero religioso, que es lo que dice el Apóstol, ad Tit. c. II, v. 7, escribiendo á Tito su discípulo: *In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanam, irreprehensibile: ut is, qui ex adverso est, vereatur nihil habens malum dicere de nobis.* Procuremos en todo dar tal ejemplo y edificacion, que no solo no tengan en que reparar nuestros amigos, sino que nuestros mismos émulos se confundán y avergüencen, viendo que no hallan que decir con nosotros, ni de qué asir.

De un filósofo se cuenta, que diciéndole que murmuraban de él, respondió: Yo viviré de tal manera, que no den crédito á los que murmuran de mí. De esa manera habemos de vivir nosotros, procurando no solamente que no haya en nuestras palabras ni en nuestras obras cosa digna de reprehension, sino que nuestra vida y conversacion sea tal, que no den crédito á los que murmuraren de nosotros: esta es la mejor manera de satisfacer á las murmuraciones, callar con la boca y responder con las obras.

TRATADO TERCERO.

DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD.

CAPÍTULO I.

De la excelencia de la virtud de la humildad, y de la necesidad que de ella tenemos.

Discite à me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. Matth. XI, v. 29. Aprended de mí, dice Jesucristo nuestro Redentor, que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis descanso para vuestras ánimas. El bienaventurado san Agustín, lib. de vera religio., dice: *Tota vita Christi in terris per hominem, quem suscipere dignatus est, disciplina morum fuit, sed præcipue humilitatem suam imitandam proposuit, dicens: Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Matth. XI. Toda la vida de Cristo en la tierra fue una enseñanza nuestra, y él fue de todas las virtudes maestro, pero especialmente de la humildad; esta quiso particularmente que aprendiésemos de él, lo cual bastaba para entender que debe ser grande la excelencia de esta virtud, y grande la necesidad

que de ella tenemos, pues el Hijo de Dios bajó del cielo á la tierra á enseñarnosla, y quiso ser particular maestro de ella, no solo por palabra, sino muy mas particularmente en la obra; porque toda su vida fue un ejemplo y dechado vivo de humildad. El glorioso san Basilio, serm. de humilit., va discurrendo por toda la vida de Cristo, desde su nacimiento, mostrando y ponderando como todas sus obras nos enseñan particularmente esta virtud. Quiso, dice, nacer de madre pobre en un pobre portal, y en un pobre pesebre, y ser envuelto en unos pobres pañales: quiso ser circuncidado como pecador, huir á Egipto como fiaco, y ser bautizado entre pecadores y publicanos, como uno de ellos: despues en el discurso de su vida quiérenle honrar y levantar por Rey, y escóndese; y cuando le quieren afrentar y deshorrar, entonces se ofrece: ensálzanle los hombres, aun los endemoniados, mándales que callen; y cuando le escarnecen y dicenle injurias, no habla palabra. Y al fin de su vida, para dejarnos

mas encomendada esta virtud, como en testamento y última voluntad, la confirmó con aquel tan maravilloso ejemplo de lavar los pies á sus discípulos, y con aquella muerte tan afrentosa de la cruz. Dice san Bernardo (1): *Exinanivit semetipsum, ut prius præstaret exemplo, quod erat docturus verbo.* Abajóse y apocóse el Hijo de Dios tomando nuestra naturaleza humana, y toda su vida quiso que fuese un dechado de humildad, para enseñarnos por obra lo que nos habia de enseñar por palabra. ¡Maravillosa manera de enseñar! ¿Para qué, Señor, tan grande majestad tan humillada? *Ut non apponat ultra magnificare se homo super terram:* Para que ya de aquí en adelante no haya hombre que se atreva á ensoberbecer y engrandecer sobre la tierra. *Intolerabilis enim impudentia est, ut ubi sese exinanivit majestas, vermiculus inflatur, et intumescat.* Siempre fue locura y atrevimiento ensoberbecerse el hombre; empero particularmente despues que la majestad de Dios se abatió y humilló. Dice el bienaventurado san Bernardo: Es intolerable desvergüenza y descomedimiento grande que el gusanillo del hombre quiera ser tenido y estimado. El Hijo de Dios, igual al Padre, toma forma de siervo, y quiere ser humillado y deshonorado: ¡y yo polvo y ceniza quiero ser tenido y estimado!

Con mucha razon dice el Redentor del mundo que él es el

(1) S. Bernard. serm. I de Nativit. Dom.

maestro de esta virtud, y que de él la habemos de aprender; porque esta virtud de humildad no la supo enseñar Platon, ni Sócrates, ni Aristóteles. Tratando de otras virtudes los filósofos gentiles, de la fortaleza, de la templanza, de la justicia, tan léjos estaban de ser humildes, que en aquellas mismas obras, y en todas sus virtudes pretendian ser estimados y dejar memoria de sí. Bien habia un Diógenes y otros tales que se mostraban desprecia-dores del mundo y de sí mismos en vestidos viles, en pobreza, en abstinencia; pero en eso mismo tenían una gran soberbia, y querian por aquel camino ser mirados y estimados, y menospreciaban á los otros, como prudentemente se lo notó Platon á Diógenes. Convidando un dia Platon (1) á ciertos filósofos, y entre ellos á Diógenes, tenia muy bien aderezada su casa, y puestas sus alfombras, y mucho aparato, como para tales convidados convenia. Diógenes en entrando comienza con sus pies súcios á hollar aquellas alfombras. Dícele Platon: ¿qué haces? *Calco Platonis fastum:* Estoy, dice, hollando y acoceando el fausto y soberbia de Platon. Respóndele muy bien Platon: *Calcas; sed alio fastu;* notando en él mas soberbia en hollar sus alfombras, que la que él tenia en tenerlas. No alcanzaron los filósofos el verdadero menosprecio de sí mismos, en que consiste la humildad cristiana, ni aun

(1) Tertul. in Apologet. 532.

por el nombre conocieron esta virtud de la humildad: es esta propia virtud nuestra, enseñada por Cristo. Y pondera san Agustin (1), que por aquí comenzó aquel soberano sermón del monte: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum cælorum:* Bienaventurados los pobres de espíritu. Dicen san Agustin, san Jerónimo, san Gregorio y otros Santos, que se entienden los humildes; por aquí comienza el Redentor del mundo su predicacion, con esto media, con esto acaba, esto nos enseña toda su vida, esto quiere que aprendamos de él: *Discite à me, non mundum fabricare, non cuncta visibilia, et invisibilia creare, non in ipso mundo mirabilia facere, et mortuos suscitare, sed quoniam mitis sum, et humilis corde,* dice san Agustin. No dijo, aprended de mí á fabricar los cielos y tierra: aprended de mí á hacer maravillas y milagros, sanar enfermos, echar demonios y resucitar muertos; sino aprended de mí á ser mansos y humildes de corazon: *Potentior est enim, et tutior solidissima humilitas, quam ventosissima celsitudo:* Mejor es el humilde que sirve á Dios, que el que hace milagros. Este es el camino llano y seguro, y ese otro está lleno de tropiezos y peligros.

La necesidad que tenemos de es-

(1) August. lib. de sanct. virgin. c. 32; Matth. v, 3; August. de verb. Domin. in Evang. secundum Matth. serm. 18 de virgin. cap. 34, et lib. 8 de Trinitat. cap. 7; Hieronym. Daniel, III; Gregor. 6 Moral. cap. 16.

ta virtud de la humildad es tan grande, que sin ella no hay que dar paso en la vida espiritual. Dice san Agustin, epist. 56 ad Dioscorum: *Nisi humilitas omnia quæcumque benefacimus, et præcesserit, et comitetur, et consecuta fuerit, jam nobis de aliquo bono facto gaudentibus, totum extorquet de manu superbia:* Es menester que todas las obras vayan muy guarnecidas y acompañadas de humildad, al principio, al medio y al fin; porque si tanto nos descuidamos y dejamos entrar la complacencia vana, todo se lo llevará el viento de la soberbia. Y poco nos aprovechará que la obra sea muy buena de suyo, antes ahí habemos de temer mas el vicio de la soberbia y vanagloria: *Vitia quippe cætera in peccatis; superbia vero etiam in recte factis timenda est, ne illa que laudabiliter facta sunt, ipsius laudis cupiditate amittantur.* Aug. epist. 56 á Dioscoro. Porque los demás vicios, dice Agustin, son acerca de pecados y cosas malas, la envidia, la ira, la lujuria: y así consigo se traen su sobrescrito, para que nos guardemos de ellos; pero la soberbia anda tras las buenas obras para destruirlas: *Superbia bonis operibus insidiatur, ut pereant.* Iba el hombre navegando prósperamente puesto su corazon en el cielo, porque habia enderezado al principio lo que hacia á Dios, y de repente viene un viento de vanidad, y da con él en una roca, deseando agrandar á los hombres y ser tenido y estimado de ellos, ó

tomando algun vano contentamiento con que todo se hundi6; y así dicen muy bien san Gregorio y san Bernardo (1): *Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi inventum pulverem portat*: El que quiere allegar virtudes sin humildad, es como el que lleva un poco de polvo ó ceniza en contrario del viento, que todo se derrama y se lo lleva el aire.

CAPÍTULO II.

Que la humildad es fundamento de todas las virtudes.

San Cipriano dice: *Humilitas est sanctitatis fundamentum* (2). San Jerónimo: *Prima virtus Christianorum est humilitas* (3). San Bernardo: *Humilitas est fundamentum, custosque virtutum* (4). Todos dicen que la humildad es fundamento de la santidad y de todas las virtudes. Y san Gregorio (5) en una parte la llama maestra y madre de todas las virtudes, y en otra dice que es raíz y origen de las virtudes. Esta metáfora y comparacion de la raíz es muy propia, y declara mucho las propiedades y condiciones de la humildad; porque quanto á

(1) Gregor. sup. Psalm. III penitent.; Bernard. de ordin. vit. et morum instit. cap. 7; et serm. de Donis Spirit. Sanct. qui est ultimus ex parvis, cap. 2.

(2) Cyprian. serm. de Nativit. Domin.

(3) Hieronym. epist. ad Eust.

(4) Bernard. serm. 1 de Nativit.

(5) Gregor. 1. 23 Mori. c. 13; et 1. 27, c. ult.

lo primero, dice san Gregorio, que así como la flor se sustenta en la raíz, y cortada se seca; así la virtud, cualquiera que sea, si no persevera en la raíz de la humildad, se seca y se pierde luego. Mas, así como la raíz está debajo de tierra, y se huella y pisa, y no tiene en sí hermosura ni olor, pero de allí recibe el árbol vida; así el humilde está soterrado, es hollado y tenido en poco, no parece que tiene lustre ni resplandor, sino que está echado al rincón y olvidado: empero esto es lo que le conserva y hace crecer. Mas, así como para que el árbol crezca y dure, y lleve mucho fruto, es menester arraigarse la raíz; y quanto esta estuviere más honda y más dentro de la tierra, tanto el árbol echará más fruto y durará más, conforme á aquello que dijo el profeta Isaías: *Mittet radicem deorsum, et faciet fructum sursum*, IV Reg. XIX, v. 30; así el fructificar en todas las virtudes, y el conservarse en ellas, está en echar hondas raíces de humildad. Quanto más humilde fuéreis, tanto más medraréis y creceréis en virtud y perfeccion. Finalmente, así como la soberbia es raíz y principio de todo pecado, como dice el Sábio: *Initium omnis peccati est superbia*, Eccli. X, v. 15; así dicen los Santos que la humildad es raíz y fundamento de toda virtud.

Pero dirá alguno: ¿Cómo decís que la humildad es fundamento de todas las virtudes y del edificio espiritual, pues comunmente dicen

los Santos que la fe es el fundamento, conforme aquello de san Pablo: *Fundamentum enim aliud nemo potest ponere, præter id quod positum est, quod est Christus Jesus*. I ad Corinth. III, v. 11. Á esto responde muy bien santo Tomás, 2, 2, q. 161, art. 5 ad 2: Dos cosas se requieren para fundar bien una casa. Lo primero, es necesario abrir bien los cimientos y echar fuera todo lo movedido hasta llegar á lo firme, para edificar sobre ello; después de muy bien ahondado el cimiento y sacada fuera toda la tierra movediza, comiézase á asentar la primera piedra, la cual con las demás que se van asentando es el principal fundamento del edificio. De esta manera, dice santo Tomás, se han la humildad y la fe en este edificio espiritual y fábrica de las virtudes; la humildad es la que abre las zanjas, su oficio es ahondar el cimiento, y echar fuera todo lo movedido, que es la flaqueza de las fuerzas humanas. No habeis de fundar sobre vuestras fuerzas, que todo eso es arena; todo eso habeis de echar fuera, desconfiando de vos mismo, y ahondando hasta llegar á la peña viva y piedra firme, que es Cristo: *Petra autem erat Christus*: ese es el principal fundamento; pero porque para asentar este fundamento es menester ese otro, lo cual se hace con la humildad, por eso se llama también la humildad fundamento (1); y así el que con la humildad abriere bien las zan-

jas y ahondare en su propio conocimiento, y echare fuera todo lo movedido de la estima y confianza de sí mismo, hasta llegar al verdadero fundamento, que es Cristo; este tal edificará buen edificio, que aunque le combatan los vientos y crezcan las aguas, no le derrocarán; porque está fundado sobre piedra firme. Pero si edificare sin humildad, luego caerá su edificio, porque está fundado sobre arena.

No son virtudes verdaderas, sino aparentes y falsas las que no se fundan en humildad; y así dice san Agustín (1), que en aquellos romanos y filósofos antiguos no habia virtudes verdaderas, no solo por faltarles la caridad, que es la forma, y la que da vida y ser á todas, y sin la cual no hay ninguna verdadera y perfecta virtud, sino porque les faltaba también el fundamento de la humildad: en su fortaleza, en su justicia, en su templanza pretendian ser estimados y dejar memoria de sí. Eran unas virtudes huecas y sin sustancia, y una sombra de virtudes; y así como no eran perfectas ni verdaderas, sino aparentes, dice que se las premió y remuneró Dios á los romanos con los bienes de esta vida, que son también los bienes aparentes. Pues si quereis edificar verdaderas virtudes en vuestra alma, procurad de echar primero buen fundamento de humildad. *Magnus esse vis? A minimo incipe. Cogitas mag-*

(1) August. lib. 5 de Civit. Dei, cap. 15; et in Psalm. XXXI.

(1) I Cor. X, 4.

nam fabricam construere celsitudinis? De fundamento prius cogita humilitatis, dicesan Agustín, serm. 10 de verbis Dom. Si quereis ser grande y levantar alto edificio de virtudes, tratad primero de echar muy buen fundamento de humildad: *Et quantum quisque vult, et disponit superimponere molem edificii, quanto erit majus edificium, tanto altius fodit fundamentum*: Y cuanto uno quiere levantar mas alto el edificio, tanto mas ahonda los cimientos; porque no hay alto sin hondo, y así á la medida y proporcion que ahondáreis y echáreis los cimientos de la humildad, podréis levantar esta torre de la perfeccion evangélica que habeis comenzado. Santo Tomás de Aquino entre otras sentencias graves que se refieren suyas, decia de la humildad (1): Quien anda con deseo de honra, quien huye de ser tenido en poco, y le pesa si lo es, aunque haga maravillas, léjos está de la perfeccion, porque todo es virtud sin cimiento.

CAPÍTULO III.

En que se declara mas en particular como la humildad es fundamento de todas las virtudes, discurrendo por las mas principales.

Para que se vea mejor cuán verdadera es esta sentencia de los Santos, que la humildad es fundamento de todas las virtudes, y cuán necesario es este fundamento para

(1) Part. 1, lib. 3, cap. 37 de la Historia de los Predicadores.

todas ellas, irémos discurrendo brevemente por las mas principales, comenzando por las teologales. Para la fe es menester humildad, no digo á los niños, á los cuales se les infunde la fe sin acto propio en el bautismo: hablo de los adultos que ya tienen uso de razon. La fe pide un entendimiento humilde y rendido: *In captivitatē redigentes omnem intellectum in obsequium Christi*, I ad Cor. x, v. 5, dice el apóstol san Pablo: y el entendimiento soberbio es impedimento y estorbo para recibir la fe; y así dijo Cristo nuestro Redentor á los fariseos: *Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis, et gloriam que à solo Deo est non queritis?* Joan. v, v. 44. ¿Cómo podeis vosotros creer en mí, pues buscáis ser honrados unos de otros, y no buscáis la honra que de solo Dios viene? Y no solo para recibir la fe es menester humildad, sino tambien para conservar la doctrina: es comun de los Doctores y Santos que la soberbia es principio de todas las herejías: estima uno en tanto su parecer y juicio, que le antepone al sentir comun de los Santos y de la Iglesia, y de ahí viene á dar en herejías. Y así dice el Apóstol: *Hoc autem scitote, quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa, et erunt homines se ipsos amantes, cupidi, elati, superbi*. II ad Tim. iii, v. 1. Hágoos saber que en los dias postreros habrá unos tiempos muy peligrosos, por-

que los hombres serán muy amadores de sí mismos, codiciosos, altivos y soberbios. Á la elacion y soberbia atribuye los errores y herejías, como lo prosigue muy bien san Agustín. La esperanza con la humildad se sustenta; porque el humilde siente su necesidad, y entiendo que no puede de sí cosa alguna; y así con mas afecto se vale de Dios, y pone toda su esperanza en él. La caridad y amor de Dios con la humildad se aviva y enciende; porque el humilde conoce que todo lo que tiene le viene de la mano de Dios, y que él está muy léjos de merecerlo, y con esto se enciende é inflama mucho en amor de Dios: *Quid est homo quia magnificas eum, aut quid apponit erga eum cor tuum?* decia el santo Job, vii, v. 17. ¿Quién es el hombre, Señor, para que os acordeis de él, y pongais vuestro corazon en él, y le hagais tantos favores y mercedes? ¿Yo tan malo para con Vos, y Vos tan bueno para conmigo? ¿Yo porfiar y ofenderos cada dia, y Vos á hacerme mercedes cada hora? Este es uno de los principales motivos de que se ayudaban los Santos para encenderse mucho en amor de Dios. Mientras mas consideraban su indignidad y miseria, mas obligados se hallaban á amar á Dios, que puso los ojos en tan grande bajeza: *Magnificat anima mea Dominum*, Luc. i, v. 46, decia la sacratísima Reina de los Ángeles, *quia respexit humilitatem ancillae suae*: Magnifica y engrandece mi

ánima al Señor, porque puso los ojos en la bajeza de su sierva.

Para la caridad con los prójimos bien se ve cuán necesaria es la humildad; porque una de las cosas que suele entibiar y disminuir el amor de nuestros hermanos, es juzgar sus faltas, y tenerlos por imperfectos y defectuosos, y el humilde está muy léjos de eso; porque tiene puestos los ojos en sus faltas propias, y en los otros nunca mira sino á sus virtudes, y así á todos los tiene por buenos, y á sí solo por malo é imperfecto, y por indigno de estar entre sus hermanos. Y de aquí le nace una estima y respeto, y un amor grande á todos. Mas al humilde no le pesa de que todos le sean preferidos, y de que se haga caso de los otros, y que él solo sea el olvidado, ni de que á los otros se les encomienden las cosas mayores, y á él las bajas y pequeñas; no hay envidias entre los humildes, porque la envidia nace de la soberbia: y así si hay humildad, ni habrá envidias, ni encuentros, ni cosa que entibie el amor de los hermanos.

De la humildad nace tambien la paciencia, tan necesaria en esta vida; porque el humilde conoce sus culpas y pecados, se ve digno de cualquier pena, y ningun trabajo le viene que no lo juzgue por menor de lo que habia de ser, conforme á sus culpas, y así calla, y no se sabe quejar, antes dice con el profeta Miqueas, vii, v. 9: *Iram Domini portabo, quoniam peccavi ei*: Sufri-